

La memoria individual como fuente histórica. A propósito de la obra de Reimóndez Portela

Ofelia Rey Castelao

La trayectoria humana y profesional del “médico de aldea” Manuel Reimóndez Portela ha sido suficientemente analizada en diferentes ocasiones y por eso mismo renuncio a repetir lo que ya está valorado y dicho. Prefiero en esta ocasión, ya que estamos conmemorando la publicación de su obra más personal y significativa, *Un médico na aldea*, hacer una breve reflexión sobre este texto desde el punto de vista de la investigación histórica.

Considero que ese pequeño libro, cuya gestación pude compartir en algunos momentos, debe contextualizarse en una larga tradición de textos elaborados por médicos que ejercieron en el mundo rural. Por un lado, los destinados a combatir la ignorancia popular en materia médica y a reivindicar el valor de la medicina “académica” o “científica”; por otro, los cuentos y novelas que tomaron como tema esas experiencias, casi siempre teniendo como protagonistas a médicos urbanos que se enfrentaban a una sociedad que les resultaba ajena, y, finalmente, los relatos autobiográficos o biográficos de quienes ejercieron la medicina en el campo y quisieron dejar constancia de sus vivencias. Las tres variantes tienen como hilo común el contraste entre dos modos de ver y de entender la resolución de los problemas de la salud y entre dos formas de vivir, la rural y la urbana. No hay espacio aquí para extender esta reflexión, por lo que mencionaré algún ejemplo.

En cuanto a la primera variante, sin ir más atrás en el tiempo, citaré un tratadito publicado en Madrid en 1729, escrito por el doctor Alfonso Sánchez, médico que ejerció en varias ciudades y pueblos –Sierra de Segura, Andujar, Soria, Benavente y Puebla de Sanabria–¹. Se trata de un interesante texto médico de tipo instrumental destinado a informar a los aldeanos de las enfermedades peligrosas y a abrirles los ojos ante las prácticas de curación llevadas a cabo por hombres y, sobre todo por mujeres, carentes de prepara-

1 Alfonso Sánchez, *Despertador médico, con su botica de pobres. Curso tercero de la cátedra de desengaños médicos*, Madrid, impresor Domingo Fernández, 1729; es la continuación de sus dos obras anteriores, publicadas en 1727, tituladas genéricamente *Cathedra de desengaños médicos*, en defensa del ilustrado gallego fray Benito Feijóo y de varios médicos de ideas avanzadas.

ción, en especial, ancianas que en sus aldeas tenían fama de curar con sus remedios, aunque solo tuvieran la experiencia que les daba el uso –a veces eficaz–, de tratamientos naturales. La pretensión del texto era advertir a los aldeanos de que los remedios de las curanderas no eran adecuados y que podían ser peligrosos, pero no las atacaba de frente, sino que intentaba atraerlas pidiendo su colaboración para mejorar sus prácticas. Alfonso Sánchez era consciente de la escasez de médicos en el ámbito rural y de las extraordinarias dificultades económicas de los campesinos para pagar sus servicios, de modo que optaba por corregir y enmendar más que por condenar a quienes podían aportar una ayuda o un consuelo mínimo en un momento de urgencia.

La segunda variante es más prolífica y está nutrida de excelentes relatos, de los que el más conocido quizá sea *Le Médecin de campagne*, cuyo autor es nada menos que Honoré de Balzac. Esta obra se publicó un siglo después de la anterior, en un contexto bien diferente, la Francia de 1833, por lo cual no es de extrañar que el novelista aprovechara su narración para exponer sus preocupaciones por la religión, la organización social o el poder político en el mundo rural; el personaje central es el doctor Benassis, que expresa una especie de liberalismo e incluso de pensamiento socialista, pero ante todo, lo que refleja la obra es la alabanza a la naturaleza, la paz y la poesía de la vida campesina. Debe recordarse que los novelistas utilizaron con el mismo objetivo la figura del cura párroco rural o la del maestro, que, como el médico, servían de puente entre la “civilización” –confundida con la ciudad– y la “naturaleza” –identificada con la aldea–.

Finalmente, las experiencias biográficas. Como es sabido, este tipo de textos contienen valiosa información pero también un componente subjetivo –en especial los autobiográficos– que siempre ha generado enormes prevenciones por parte de la investigación histórica profesional. Sin embargo, la historia post-moderna los ha recuperado como reacción contra la historia impersonal que se impuso como práctica en casi toda Europa después de la Segunda Guerra Mundial y que, en lugar de los individuos, estudiaba a los grandes colectivos humanos y sus comportamientos. El boom de la biografía desde los años ochenta del siglo XX se puede considerar como un retorno del

individuo después de un largo eclipse motivado por el imperio del *homo economicus* y del *homo demographicus*², pero si en otras fases de moda de la biografía interesaban solo los individuos egregios y no se consideraba a los excluidos por definición de la biografía, se encontró una vía media en el estudio de casos, en ejemplos significativos situados a medio camino entre los grandes personajes de antes y las masas anónimas de después; en esta misma línea se pueden ver las “historias de vida”³ y, por supuesto, las autobiografías de profesionales de muy diversos campos que hablaban de sí mismos para dar testimonio de su formación, de las influencias recibidas, de su conciencia y de su percepción de la vida⁴. Sea cual sea su presentación, el resurgimiento de la biografía, al igual que en general el de las tendencias individualizadoras, hay que inscribirlo en un retorno hacia el ser humano rompiendo con la tradición asentada a lo largo del siglo XX de un modelación de las ciencias sociales a imagen de las “ciencias duras”.

En este contexto, se han escrito muchas biografías en las dos últimas décadas, pero también han proliferado las memorias y los relatos auto-biográficos y las editoriales comerciales e institucionales las han promovido porque, evidentemente, tienen un público amplio e interesado en su lectura. Personalmente, confieso que soy lectora de este tipo de narraciones, porque me sirven para liberarme de los excesos *científicos* de la investigación histórica y porque en muchos casos me aportan una visión diferente de problemas que surgen en esa investigación. En este sentido, como historiadora de la sociedad rural y de la cultura popular, las memorias de personajes que hayan vivido en el campo en los últimos siglos, me resultan especialmente útiles y por eso mismo tengo en tanto aprecio el libro de Reimóndez sobre sus experiencias como médico de aldea, más todavía porque el espacio rural en que se desarrollaron y el espacio social en el que se produjeron, constituyen mis referencias vitales y don Manuel era, además, mi médico.

2 *Problèmes et méthodes de la biographie*, número especial de *Sources, travaux historiques*, París, 1985; A. Morales, “Biografía y narración en la historiografía actual”, en M. Montanari (ed.), *Problemas actuales de Historia*. Salamanca, 1993, p. 229; T.C. Blanning y D. Cannadine (eds.), *History and biography*, Cambridge, 1996.

3 *Histoires de vies (Actes du Colloque de 1994 de l'Association des historiens modernistes)*, París, 1996.

4 P. Nora (edt.), *Essais d'Ego histoire*, París, 1987.

El libro de Reimóndez Portela tiene muchos puntos en común con los que ya he mencionado –salvadas las diferencias de tiempo histórico y de lugar–, en especial, la valoración de la sociedad rural y la comprensión de sus prácticas, sus códigos y sus valores. El origen de su autor, su vinculación constante con las gentes de su alrededor, su propia permanencia residencial en el campo y su integración en la existencia cotidiana de su comunidad, adquieren verdadero valor gracias a su capacidad de observación y, claro está, a sus lecturas literarias e históricas, que le permitieron hacer una narración sólida pero cálida que constituirá en el futuro una pieza de enorme valor para la reconstrucción histórica de las tierras del Ulla –y de Galicia– de la segunda mitad del siglo XX, un testimonio cualificado de un mundo en trance de transformación del que poco queda ya.